

# EL EFECTO DOMINÓ

SI TODAS TUS ESPERANZAS SOBREVIVEN,  
EL MOMENTO LLEGARÁ



CARMEN MANZANERA

---

---

# 1. Buscándome la vida

Veo aparecer detrás de la caja de zapatos situada encima de mi mesa de escritorio las trémulas antenitas de una cucaracha *baby*. La mesa y yo estamos justo en el centro de la desordenada habitación. He abandonado momentáneamente el trabajo. De golpe, me han venido a la mente todas las cosas que no me gustan. Sigo compartiendo habitación como en mis tiempos de estudiante y mi trabajo como becaria en un periódico de tercera en Madrid apenas me da para sobrevivir.

Me llamo Lucía. Soy periodista y *blogger*, y mi nombre de guerra en la red es Lucía Scoop. En algunos foros castellanizo mi nombre y soy Lucía Primicia, que se entiende muchísimo mejor. Uno u otro, qué más da. Lo que ustedes gusten.

Miro fijamente el suelo de mosaico descuidado al que le faltan muchas de las teselas. Levanto la cabeza y observo de nuevo a la cucaracha *baby*, que no se mueve de su posición, y apoya con gracilidad sus patitas sobre el borde de la caja de zapatos, como si fuera una buena moza asomándose al balcón. Parece que otea el paisaje divertida. Está claro que yo formo parte de ese paisaje. Le falta saludarme con la patita. No lo puedo evitar y pienso: «Ahora vendrá la mamá». Así que agarro el bolso, la chaqueta, y

---

me preparo para salir corriendo de aquí. Dispuesta a coger el ascensor, oigo a la vecina del quinto gritar, como todas las mañanas, a todo familiar que ose aparecer por su cocina. Tengo ganas de irme de aquí, alejarme de este piso y de este edificio antiguo, donde muchos vecinos, en su mayoría ancianos, malviven con pensiones míseras, y la miseria provoca violencia. Este edificio siempre me ha parecido violento.

En el ascensor me encuentro con la madre de familia que siempre va cargada de bolsas. Me confiesa que es ella la encargada de llevar la casa y que todos los días prepara comida y cena para seis personas. La vuelvo a mirar fijamente. Aprecio en ella hasta una incipiente joroba provocada por el agotamiento, y me doy cuenta de que con esta mujer se cumple la teoría de que cuanto más te agachas, más te dan. Cuando alcanzamos la puerta de la calle, me despido de ella deseándole lo mejor, esperando que se cumpla como una inexorable ley de la gravedad la natural fuerza de los buenos deseos sobre los demás.

Antes de salir a la calle definitivamente, veo la imagen fantasmagórica de la anciana que vive en la planta baja, vestida de trapos, unos cosidos con otros, asomándose a la puerta, creyendo que el ruido que provoca la puerta del ascensor cerrándose es el ruido que provoca el panadero de la esquina, que siempre le trae la barra de pan. Nunca la he visto salir a la calle. Pero sí veo ¡otra! cucaracha escurrirse entre sus pies en dirección a la puerta de salida. Está claro: se va de paseo.

Hoy tengo consulta con el dentista, pero como he salido a la calle con tiempo de sobra gracias a la «cuqui», aprovecho para sentarme en un banco en un precioso parque cercano a mi piso, y saco el libro que siempre llevo en el bolso. Ahora ando absorta con *En Grand Central Station me senté y lloré*, de Elizabeth Smart, porque es una recomendación de Enrique Vila-Matas, escritor del que sigo sus recomendaciones a pies juntillas,

---

y dice sobre la novela de Smart que la calidad de una novela se mide según la relación que tenga con la alta poesía, algo que este libro tiene a manos llenas. Sin embargo, hace años que mantengo una prudente distancia con la poesía, para qué embriagarme si no dispongo de tiempo... La poesía no te pide permiso, te cruje el corazón y el alma como si fueran ingredientes básicos de un cóctel explosivo: puede hacer que anule todas mis citas, que no trabaje en el día de hoy.

Hoy, casualmente, el banco en el que me siento está vacío porque los abuelos que generalmente lo ocupan están jugando a la petanca, encantados como están con su desocupada y merecida vida. Estoy admirando la frondosidad de los árboles centenarios del parque, cuando suena el móvil. Es María, mi compañera de carrera. Le cuento lo de la «cuqui» de mi piso compartido y que ese es el principal motivo por el que me encuentro disfrutando del aire libre, y ella grita al otro lado de la línea:

—Aquí en Madrid no hay cucarachas. ¡En Hispanoamérica vuelan! ¿Es que no lo has visto en la televisión?

María es de Jaén, alta como un pino. Tiene una melena pelirroja exuberante, tan abundante que cuando entraba en clase lo primero que veíamos aparecer era la melena, una melena roja, como la de *Las meninas*, y gritábamos: «Ahí, debajo de esa cabellera viene María». El primer día de facultad, y sin preguntar a nadie, se levantó todo lo larga que es para decirnos unas breves palabras de presentación a las doscientas personas que estábamos esperando al profesor.

—Me llamo María y soy de Jaén. Y estoy harta de vear olivos todos los inviernos en mi pueblo, que ya tengo las manos como muñones del frío que paso, así que por eso estoy aquí, a ver si trabajando como periodista puedo ganarme la vida. Y pretendo ganarme la vida mucho mejor.

Dicho esto, se sentó tan tranquila, y ahí fue cuando la ovacionamos. Todos quedamos gratamente impresionados por su

---

espontaneidad, y pronto formamos un grupo de compañeros de clase que me dio muchas satisfacciones ese primer año de carrera.

A pesar de todo, María siempre se ha reído de las «cuquis». Las dos nos acordamos ahora de la divertidísima película *El cucu-tril de Joe*, en la que las cucarachas cantan y bailan y son las reinas del cotarro. Hablamos sobre el protagonista, Joe, que consigue tras hilarantes circunstancias un apartamento de renta antigua en el centro de la ciudad. El tío tiene el apartamento hecho un desastre y las cucarachas están encantadas con él. Cuando un grupo de mafiosos intenta por todos los medios echarlo de la casa para poder alquilarla a precio de mercado, ellas, las «cuquis», serán sus mejores aliadas, porque saben que jamás encontrarán otro inquilino tan guarro como él.

María trabaja en *Corazón templado*, la importantísima revista del corazón, buque insignia del periodismo rosa. Trabaja en esta revista desde tercero de carrera gracias a que consiguió entrevistar a Miley Cyrus, en su única y sorprendente visita a España, colándose en su camerino, haciéndose pasar por una mensajera con un gran ramo de flores para la diva del pop. Consiguió la entrevista y con ella un pasaporte automático a un puesto laboral muy bien pagado. Durante un breve tiempo, María tuvo sus dudas existenciales sobre si aceptar o no la oferta de la revista, de meterse en ese periodismo social que no la convencía demasiado, después que en la facultad estuviéramos estudiando cosas como relaciones internacionales o ética del periodismo, y todos los compañeros la animamos diciéndole que podía ser una buena experiencia. Ahora gana tanto dinero y ha hecho tan buenos contactos profesionales que ni loca deja el puesto.

Me despido de ella pensando si no debería yo también empezar a echar currículums a revistas, a cualquier revista, y escribir recetas de cocina, reseñas de películas, lo que sea. Empiezo a sentir cierta inquietud sobre mi propia supervivencia, y no he parado de

---

luchar desde que llegué a Madrid. He solicitado trabajo a todos los periódicos con cabecera en capitales de provincias, pero por ahora nadie mueve pieza.

En la actualidad trabajo como becaria en un periódico de barrio y estoy harta de reuniones de asociaciones de vecinos, largas, aburridas, con reivindicaciones idénticas en cada una de ellas. Harta de hablar con el concejal de turno cada vez que se inaugura un centro social o de cubrir la noticia cuando el alcalde pone la primera piedra de un parque. Casi siempre son noticias procedentes de las administraciones públicas y a mí lo que me gusta son los artistas, aunque, como en redacción hago de todo, que para eso soy la becaria, muchas veces me toca hacer noticias culturales, que me dan mucha felicidad, pero siguen sin compensar lo exiguo de mi sueldo.

Lo único que me alivia de escribir las aburridas notas oficiales es que tengo un blog, *El diario de Lucía Scoop*, que abrí hace un tiempo, cuando decidí que esa era la única manera de escribir lo que realmente me gusta. Cada vez me siento más suelta en esto de escribir lo que me da la gana y, aunque no soy una *blogger* famosa, escribo cada *post* como si fuera el último. Mi blog y mi página de Facebook son mi cartapacio multimedia: ahí alojo mis textos —mis notas—, mis canciones, mis fotografías, mis enlaces a mis sitios favoritos. Mi mundo está donde está mi presencia digital y tiene la virtud además de seguirme donde quiera que vaya.

Con mi bitácora, puedo imaginarme que soy una reputada redactora del *New Yorker* y escribir un increíble artículo sobre la obra y la fértil carrera de la fotógrafa Annie Leibovitz. O imaginar que estoy en la cima del Everest y que tengo los dedos tan congelados que no puedo casi ni escribir. O fingir que triunfo como la Coca-Cola en un baile del siglo XIX y que bailo vestida de rojo con un buen número de elegantes caballeros. O que estoy viajando en un cohete a la luna. Ser una *blogger* es como ser actriz,

---

es una cuestión de querer interpretar diversos personajes. Una amiga mía dice que me desdoble, que soy capaz de adoptar distintos puntos de vista. Me lo tomo como un gran halago. Cojo mi móvil y, antes de revisar el correo, visito el blog de un amigo. Solo somos dos *online*, seguramente el mismo *blogger* y yo, que ahora debe sentir una soledad digital terrible.

Como hoy no trabajo, acudo a mi cita con el dentista porque tengo una muela que me está fastidiando gravemente. Es la primera vez que vengo a esta clínica. Cuando entro, todo me parece muy aséptico. Compruebo que hay una puerta de grueso cristal opaco que conduce, supongo, a las consultas privadas. Me atiende una enfermera vestida de uniforme, situada en una cabina ridículamente pequeña. Después, me hace entrar a una sala de espera donde no hay ventanas ni nadie. Empiezo a alucinar con las normas de la clínica dental, porque son muchas, que están impresas en un cartel expuesto bien visible. ¿Tantas normas puede haber? Me pongo a leer el cartel y lo resumo mentalmente para mí misma: «No se mosquee si alguien que ha llegado después de usted pasa antes a consulta porque somos varios dentistas». Empiezo a pensar que me van a tener aquí una hora de espera y me desagrada muchísimo la idea. La tele está encendida. Como es por la mañana, qué puedes esperar. Es una tertulia y están hablando de un asesinato y entra en plano una mujer a la que le han matado a la hija, una pizca orgullosa de poder contar su caso en la tele. La mujer sigue hablando con la periodista y me horrorizo ante tal desparrame de morbo insano. Van pasando los minutos e intento ver cómo puedo apagar la televisión, y no se puede, no veo ningún mando ni ningún botón, la tele está en alto y no puedo acceder a la parte trasera. Me levanto para buscar a la enfermera y descubro que no está en su puesto. Ha pasado media hora y me doy cuenta de que me han abandonado en la sala de espera. Pienso que los dentistas, dada la hora que es, las once y media,

---

se habrán ido a almorzar a costa de mi tiempo, que es sagrado, aunque tú no lo puedas respetar.

Ya no soporto más esta tortura: me parece que la tele va a vomitar cataratas de sangre de un momento a otro y decido largarme de aquí. ¿Qué pasa hoy? ¿Por qué hoy soy una fugitiva de todas partes? Bajo los dos pisos de escaleras, ignorando el ascensor, y me voy no en la cara de la enfermera, sino a sus espaldas, porque ella está en la acera de la calle fumando y hablando por el móvil. Ni me ha visto. Para esta gente los pacientes no existimos, somos muebles que se pueden aparcar en un cajón bajo tortura mediática. Pienso si escribir a la clínica, diciéndoles que no se deja a nadie en una caja oscura sin ventanas y con una tele que no se puede apagar y que vomita sangre. Lo considero una violación de mis derechos más fundamentales. Pero siempre saco la misma conclusión cuando quiero cabrearme con alguien y con razón: los conflictos son una traba al objetivo que quiero cumplir, la supervivencia, porque nunca sabes cómo va a reaccionar el otro si le cantas las cuarenta. Así que vuelvo a casa y reviso de nuevo la bandeja de entrada de mi correo, nada, ninguna oferta de trabajo decente. No veo ninguna «cuqui», pero decido fregar el suelo de mi habitación con limpiasuelos desinfectante para desalentar cualquier posible invasión.

Ey, aquí hay algo interesante. Acaba de entrar un correo del periódico: el pintor Manuel Vallés ha aceptado concederme la entrevista que le solicité. ¿En serio? Es un pintor muy importante, y puedo hacer un gran trabajo, porque siempre me ha interesado el arte, deliciosa herencia cultural de mis padres. Escribo a mi redactor jefe y le pregunto si puede venir algún fotógrafo conmigo.

—No, mañana están los fotógrafos ocupados. Llévate la cámara. Esto está muy bien, Lucía, el haber conseguido esta entrevista, ya sabes que me gustaría pagarte más, pero no podemos pagar más a los becarios.

---

—Lo sé, y sé que estás de acuerdo con que siga buscándome la vida.

—Claro, mujer, yo haría lo mismo. Para eso estamos en este mundo, para intentar mejorar, y comprendo todas tus razones.

Me ha costado dos meses conseguir esta entrevista porque no me la querían dar. Es sábado y llego a la casa del pintor, que sobre todo pinta arte abstracto. Desde la calle veo la fachada de la casa, que solo tiene unas pequeñas aberturas horizontales blancas. No hay ninguna ventana a la calle, ningún hueco, excepto la puerta. Cuando entro a la casa, me recibe un mayordomo que me indica el camino a seguir hacia el salón donde entrevistaré al pintor. Aparece la secretaria de Manuel Vallés y me echa la bronca al llegar: «Si el señor Vallés tuviera que dar todas las entrevistas que le solicitan, no le daría tiempo a pintar; está rechazando peticiones de entrevistas de *The New York Times*, pero es usted muy constante». Que traducido quiere decir: «Eres una pesada y lo que queremos es que desaparezcas de nuestra vista lo antes posible». Porque he llamado, he escrito cartas, he enviado correos electrónicos, y están hasta las narices de mí. Me he estudiado la vida y la obra del pintor con exhaustividad, y ahora mismo me considero la periodista más competente de la tierra para poder entrevistarlo.

En la planta baja hay un jardín lateral lleno de vegetación. Entro sola por un pasillo de cemento que acompaña a este jardín lateral, y tras subir unas escaleras de hierro y listones de madera volada, llego al salón donde me recibirá el pintor. Todos los pisos de la casa, que son tres, dan a un gran patio central lleno de plantas, donde destaca un gran árbol que ocupa todo el espacio vertical. La luz que llega a través de este vano ilumina toda la casa, y pienso que me parece todo muy oriental. El pintor tarda en llegar y me dedico a admirar todo lo que me rodea. En las paredes hay expuestas obras de arte de Picasso, de Miró, de Chagall, y me

---

siento impresionada por que estos cuadros puedan estar en una casa particular, ya que yo la obra de estos grandes pintores solo la he visto en los museos.

Manuel Vallés es muy amable. Llevo la entrevista preparada y saco mis papeles, enciendo la grabadora y hablamos de Dios y del propósito del arte durante una media hora. He pasado semanas elaborando el cuestionario perfecto. Cuando estamos terminando de hablar, me dice: «Es la mejor entrevista que me han hecho en mi vida». Por un momento dudo si me está diciendo la verdad, pero él posa su mano sobre la mía y me mira a los ojos en señal de asentimiento, y me doy cuenta de que me lo está diciendo sinceramente. Pienso que el hombre ya está mayor y que ha concedido entrevistas a los medios más prestigiosos del mundo, así que me siento llena de orgullo por sus palabras. Le hago unas cuantas fotos delante de algunas de sus obras, en un estudio que está anexo al salón. Nos despedimos, y me dirijo en volandas a la salida, llena de satisfacción, y antes de irme, me detiene su secretaria: «Has causado muy buena impresión, el pintor te ha invitado a su próxima exposición. Es la semana que viene en el Jardín Botánico». Y me da la invitación. Salgo a la calle pensando que solo tengo un vestido negro para ir a sitios de alcurnia, que pienso decorar con un chal.

Hoy es el día y me preparo para ir a la exposición. Me pongo mi vestido negro, pero a pesar de lo sencillo que es el vestido, yo me siento como una princesa por poder ir a un acto tan distinguido. Me dejo el pelo suelto y me pongo un collar que me regaló una amiga, que en realidad es un pectoral de plata triangular, lleno de piedras verdes, que parece el collar de una egipcia. Cojo el chal, hago un extraordinario y pido un taxi. Cuando llego a la inauguración de la exposición, Manuel Vallés está rodeado de varias personas y decido no acercarme ni interrumpir ninguna conver-

---

sación. Recorro las diferentes salas y admiro la obra del pintor; en las paredes cuelgan obras que en su mayoría ya conozco bien después de haber revisado todos sus catálogos para prepararme la entrevista. Luego, me dirijo hacia el *catering*, que tiene un aspecto exquisito. Hay pequeños canapés de todo tipo: unos cuadrados perfectos, con anchoas, y pequeños filetes de sardina, de salmón, de foie. Qué bien cortados están los cuadraditos: brillan bajo la luz del pabellón principal donde se sirve el ágape. Veo a varios compañeros de profesión también reunidos en torno a la merienda, y ahí sí me animo a entrar en la conversación: conozco a la mayoría de ellos y me dedico a charlar con ellos toda la tarde. Las camareras pasan las bandejas entre nosotros. Decido merendar bien, ya que esta comida me suple la cena, y cuando decido irme, veo un cartel que me avisa de no dar de comer a gatos, patos y pájaros. Vuelvo a casa sintiéndome aérea después de haber disfrutado de tanta belleza pictórica y con la felicidad de haber disfrutado de una merienda *gourmet*; qué fácil sería todo si solo cubriera noticias culturales...

Me despierto por la mañana y acudo, cómo no, a mirar mi correo. Y he aquí la demostración de que toda desgracia tiene su fin. Mi suerte va a cambiar porque el *e-mail* joya está en mi bandeja de entrada. Parpadeo varias veces delante del mensaje: han aceptado mi solicitud para trabajar como redactora, en la sección de «Local», en un periódico de una ciudad mediterránea, Almará. El corazón me bombea a toda velocidad, y a duras penas consigo mantener mi cuerpo pegado a la silla. ¡Me esperan mañana para firmar el contrato! Seis meses prorrogables: una buena forma de empezar lo que sea que vaya a empezar. Redactora, no becaria. Por fin. Estudio el correo del periódico conienzudamente. El sueldo va a ser un poco más alto, y empiezo a buscar una habitación en Almará a través de internet. Envío unos

---

cuantos mensajes y solo consigo una cita: una cita con Marga, profesora de instituto. Le parece estupendo que yo sea periodista. Me dice: «Interesante». Al final consigo contactar con varios pisos de alquiler, pero primero de todo iré a ver a Marga, que me parece la más simpática de todos los propietarios. Es profesora de cine y alquila una habitación. Así que me lo ha dicho: «Busco una compañera de piso porque sola me aburro, pero también es cierto que no busco a cualquiera». Caray, espero no ser cualquiera. Después de hablar con Marga, me pongo a consultar las estadísticas de mi blog: *egosurfing at its finest!*, y casi me cabreo y, lo reconozco, se me va un poco la olla y se me nubla el entendimiento. ¿Cómo que son las once de la mañana y solo tengo veinte visitas? ¿Que estáis todos durmiendo?, haced el favor de levantaros ¡y poneos a leer inmediatamente!

Pero hoy las estadísticas no me hacen mella porque mi mente ya está en otra parte, y una sonrisa tonta de pura satisfacción me ilumina la cara. De pronto, pienso que me hace una ilusión enorme vivir al lado del mar.

Aquí estoy, en el tren, en clase turista, por supuesto, conectada a la música de mi móvil. Estoy escuchando a las Puppini Sisters y a los Daft Punk, e intento no moverme demasiado al ritmo de la música en mi butaca para no llamar la atención. Allá voy camino de la ciudad mediterránea donde un periódico me ha ofrecido un puesto de redactora, puesto que he aceptado inmediatamente. Todo el mundo me ha dicho que en Almará la vida es mucho más barata.

Redactora, sí, señor. Por fin. Pienso como Shakira: «Ahí te dejo, Madrid».

Decido ir a la cafetería del tren para comer algo y estirar las piernas. Me clavan 6 euros por un sándwich, pero tengo hambre. La botellita de agua me cuesta 2 euros. No hay sofá ni taburetes,

---

así que tomo el tentempié de pie, apoyada en una barra, apreciando los ocres y verdes del paisaje de La Mancha por la ventana. Veo entrar en la cafetería a algunos viajeros de primera clase, y pienso que solo he viajado una vez en primera clase, y fue por motivos de trabajo y me resultó muy gustoso. Vuelvo a mi butaca y decido dormir un rato. Me despierto y veo que tengo un compañero de viaje, que ha subido en Albacete. Me saluda y me cuenta que ha tenido una reunión de trabajo en la ciudad manchega, pero que vive en Almará desde hace algún tiempo. Casualidades de la vida, comenzamos a conversar y resulta que mi nuevo compañero de asiento es William Scott, norteamericano afincado en España, al que yo conozco por su trabajo de programador de videojuegos en la red y por ser el responsable de la imagen digital de muchas empresas. Me habla de su trabajo y me dice que ahora está desarrollando un proyecto *online* para niños, un juego en el cual tienen que cuidar el medio ambiente y aprender las nociones básicas de una alimentación sana.

Cuando le cuento lo de mi traslado, resulta que él tampoco para, porque ha cambiado mil veces de residencia, viaja por todo el mundo, pero ya está un poco cansado y le gustaría poner el huevo en alguna parte.

—Al sur, al sur, yo me quiero ir todavía más al sur. A Málaga, a Huelva, a comer pescaíto y jamón de bellota. Las grandes ciudades españolas ya se han hecho demasiado grandes para mí.

El trayecto se me hace muy agradable conversando con William, y nos despedimos al llegar a nuestro destino. Cuando lo veo marchar, pienso que, por puras cuestiones laborales, somos muchos los que somos viajeros obligados, forzados y esforzados. Ya veremos cuándo nos instalamos definitivamente en la vida y dejamos de arrastrar nuestras maletas por todo el suelo patrio como si estas fueran el remedo del baúl de la Piquer.

La estación de tren no me parece ni bonita ni fea, si acaso provinciana y algo insulsa, así que decido correr rauda y veloz a

---

buscar la belleza que probablemente estará en el exterior. Y sí está. Me siento como si acabara de llegar a Miami, porque nada más salir veo dos palmeras amorosas que se entrecruzan, movidas por el ligero viento que hace hoy. Ignoro la parada de taxis, que no está el horno para bollos, y pregunto por la parada de autobús. La distancia que tengo que recorrer no es larga, pero no me apetece andar cargada con la maleta, que cada vez me parece más pesada. El resto de los trastos duerme en la casa de un amigo en Madrid a la espera de que me instale. Aun así, tengo que correr porque el número 5 se va, por más gestos desesperados que le hago al conductor. No me queda otra y me animo a mí misma para subir una impresionante cuesta cargada con la maleta en dirección al barrio de Marga. Pienso: «Una cuesta más». Pero no lo es, porque subiendo con mi maleta el corazón se me acelera, y no solo por el esfuerzo físico. Me gusta lo que veo: es un barrio antiguo, con las casas pintadas de blanco, con muchos edificios nuevos construidos respetando ese estilo antiguo. Sigo el plano que hice a través de las orientaciones de Marga y veo que todavía me quedan varias calles enrevesadas por atravesar. Cuando desde uno de los recovecos entre dos calles miro hacia abajo y veo en el horizonte el mar azul y brillante, un látigo de emoción me recorre de pies a cabeza, una especie de descarga eléctrica que me tensa el cuerpo y me lo predispone para el éxtasis, para poder admirar y sentir y resistir el inmenso paisaje que se despliega ante mis ojos. Después de relajar mis músculos y admitir por fin dentro de mí tanta belleza, siento una sorpresiva bocanada de aire de salitre en el pecho.

He quedado con Marga en un bar cerca de la casa. Cuando aparece, me impresionan sobre todo su belleza y su porte. Muy alta —aunque no tanto como mi amiga María—, tiene una melena rubia muy bonita, ligeramente ondulada con tenacillas, que me recuerda a la de la actriz Silvia Abascal. Así que ya desde el principio descubro una primera diferencia entre nosotras: yo

---

nunca me hago las tenacillas, me parece que nunca tengo tiempo para eso. Me quedo impactada sobre todo con el color de sus ojos, de un azul tan claro que le dan a Marga un aire espacial. Los lleva muy bien maquillados, por lo menos hay tres colores ahí, todo muy difuminado y con profusión de brillos estratégicos. Yo voy con la cara lavada, y Marga, que parece que me ha leído el pensamiento, me dice a su vez que tengo los ojos muy bonitos. Sí, la verdad es que ya lo sé, todo el mundo me lo dice, son marrones pero grandes y redonditos.

—Tienes mirada de estrella de cine. ¿Eres miope?

—Pues no.

—Pues, hija, tienes una profundidad en la mirada que parecez miope. Las mejores miradas del cine son de actores y actrices que son miopes. Fíjate en ellos: si no son marrones, son del color del chocolate.

Anda. Tengo los ojos color de chocolate. Nunca lo hubiera pensado.

Marga lleva un vestido camisero de color beis, ceñido al cuerpo por un fino cinturón. La miro y pienso que por lo menos ha pasado una hora arreglándose. Yo no le dedico al tema ni cinco minutos. Ha conseguido mediante su autodecoración un efecto tornasolado porque brilla como un diamante. Por un momento pienso que no tengo nada que ver con ella, pero resulta ser muy amable y noto que le he caído bien. Le gusta que yo sea periodista y se ríe preguntándome que de dónde he sacado mi camisa a cuadros de leñador, para mí comodísima, perfecta para viajar.

—Pues es heredada de mi padre.

—Aaaah.

Veo que se interesa por cosas de mi profesión, y subimos a ver la casa. La sorpresa es mayúscula.

No me lo creo. Puede que vaya a morir del subidón de adrenalina que me está dando en este mismo instante. Es un ático.

---

Un ático precioso, luminoso, con una gran terraza y decorado con un gusto exquisito. Empiezo a ver en el salón varias piezas de diseñador, entre ellas, un llamativo tocadiscos, que parece de los años sesenta; un teléfono verde que imita los teléfonos antiguos de los años setenta, pero que entonces eran todos grises. También veo dos sillas antiguas de Thonet. Me encantan los toques de antigüedad de la casa y las alfombras de diseño en el suelo, y pienso que en Madrid jamás he vivido en una casa así, rodeada de tantas cosas hermosas. Voy descubriendo libros desperdigados aquí y allá, y me siento cómoda inmediatamente, me parece muy interesante todo lo que me cuenta Marga de su trabajo en la enseñanza. Me dice que da clases de comunicación audiovisual y que también ha montado una productora de cine con unos amigos. Aunque tiene muy claro lo que quiere conseguir con el cine.

—Hay cuarenta y siete millones de millonarios en el mundo, y yo me he propuesto ser uno de ellos.

Marga me enseña su despacho y me quedo alucinada con el increíble orden que predomina aquí. Hay carteles de las películas que le gustan y de las películas y vídeos que hace su productora, ExNihilo Films, que todavía funcionan con cuatro euros y sin obtener prácticamente beneficios. Me habla de su agradecimiento a Netflix por su desembarco en España en 2015.

—Han hecho grande el pastel del audiovisual para todos y sé que tenemos futuro. Ya lo dice un compañero de la productora, el que aguanta gana.

En el despacho, hay también una impresionante estantería de suelo a techo llena de libros, material informático y un montón de papeles primorosamente ordenados en multitud de archivadores. Marga tiene su propio espacio para trabajar. Yo pondré mi ordenador en mi espaciosa habitación, la habitación más grande y luminosa que he tenido nunca en mi vida, y para mí sola.

---

Observo que hasta el pasillo lo tiene lleno de estanterías con libros, y estoy emocionada con romper la mala racha que llevo de leer solo un libro al mes porque no tengo dinero para comprar más. Siempre he ido a bibliotecas, pero luego te da mucha pena despedirte del libro cuando tienes que devolverlo. A mí me gusta tener los libros en casa, así puedo mirarlos, abrirllos de nuevo y rememorar el placer que me ha causado su lectura. Me hierven las yemas de los dedos pensando que todo esto está aquí para mí. Hay muchos libros técnicos sobre fotografía, iluminación, diseño escénico, pero también novela y ensayo. Yo, que soy una adicta total a la lectura, me quedo impresionada con varios títulos que pienso devorar en cuanto tenga la ocasión: los dos tomos del genial escritor francés Pascal Quignard, *Pequeños tratados*, esta obra literaria me provoca, porque tiene cierta dificultad leer al genio del inventor de un nuevo lenguaje. Hay anuarios de los cines Renoir, el DVD de *La leyenda de Kaspar Hauser*. El guion de *Sin noticias de Dios*, de Agustín Díaz Yanes. Y el de *El pisito*, de Marco Ferreri.

Marga me dice lo evidente, porque ya me he dado cuenta de que esta mujer se parece a un hada madrina, rubia y todo, le falta la varita mágica, que tengo todo a mi disposición. Evito como puedo dar unos delatores saltitos de alegría y, aunque lo que me gustaría es revolcarme por la alfombra del pasillo de pura felicidad, me contengo. Pienso: «Me voy a poner las botas».

Como digo, Marga tiene una productora de cine con varios amigos que se llama ExNihilo Films. Hacen películas, cortos, anuncios, videoclips. Ella se encarga de buscar la financiación, de presentar los proyectos a bancos e inversores, aunque ahora están dando un bajón importante por la crisis: ya no es tan fácil conseguir un crédito. Pero Marga confía en que su productora triunfará algún día. Está intentando producir la película de Pere, un director barcelonés que vive aquí, en Almara, según ella, un talentazo. Mi potencial compañera de piso está emocionada con el guion y está buscando financiación para su primera obra.

---

Marga me cuenta que da clases a futuros técnicos de sonido y se queja de la poca presencia de mujeres entre los alumnos.

—Si es que el cine siempre ha sido muy machista. Pero la música lo es igualmente. Cuando alguna alumna me dice que quiere ser técnica de sonido en conciertos, yo siempre le digo que se prepare para cargar pesados altavoces e inmensas mesas de mezclas y a moverse en un ambiente bastante misógino. Y eso no lo digo yo, lo dice la cantante Sandra Cruz, que, siendo ya la gran dama de los escenarios que es, todavía tiene que lidiar con algún técnico de sonido recién llegado, cargadito de prejuicios, dispuesto a que la diva lo mande al carajo, y sin contemplaciones, por su ignorancia. Pues no lleva carrera esta a sus espaldas...

Seguimos hablando sobre que las mujeres siempre han estado presentes, aunque en franca minoría, en el mundo del cine. A estas alturas, ya sé que he sido admitida con honores en este santuario, pero, aun así, y para asegurarme, me levanto de mi asiento, no me corto ni un tanto así y declaro mis intenciones:

—Bueno, que me quedo, que llevo la maleta a la habitación.

Marga me contesta con una sonrisa de oreja a oreja y me dice que va a por dos cervezas y alguna tapa. Cuando Marga vuelve me habla del cine en EE. UU., cuya maquinaria de cine es la más poderosa del mundo. Marga se muere por producir una película allí. Sueña con eso.

—¿Quizás la próxima de Miranda July? Aunque sé que estoy muy lejos de poder realizar un trabajo así. ¿Has visto *Cómo sobrevivir en un mundo material*? Es fantástica, y es un gustazo volver a ver en pantalla a Debra Winger. ¿Conoces el documental de Rosanna Arquette, *Buscando a Debra Winger*?

—Sí, y es fabuloso. Tener familia es un problema si quieres ser actriz.

—O cineasta.

Remacho:

---

—O periodista.

Tengo ganas de ir al baño y Marga me informa que hay dos baños en la casa.

—Se me olvidó decírtelo, hay una avería en tu baño, nada grave, mañana viene el fontanero, pasa al mío, que está dentro de la habitación.

Voy al baño de la habitación de Marga y empiezo a conocer de verdad a mi futura compañera de piso. La bandeja del baño está llena de cremas carísimas y eso que no me entretengo mirando dentro de los armaritos porque tanta curiosidad ya me parece un exceso de confianza. Solo admiro lo que tiene en la bandeja situada debajo del espejo, pongo al día mis idiomas y me pongo a leer: *Advanced super revitalizing cream*, de Shiseido. Me encanta Shiseido, me encanta todo lo que tenga que ver con el imperio del sol naciente. Sigo, *Le sucre de gommage* de Dior Prestige, este exfoliante, de tan bonito que es el envase, me da un poco de vértigo el mirarlo. Este me encanta: polvos bronceadores *terracotta* de Guerlain, en una cajita de concha preciosa. No puedo evitar pasar los deditos por la superficie satinada y antigua de la cajita de concha. Ah, qué gusto. ¡Esto es muy chic!

Sigo mirando a mi alrededor, buscando más sorpresas. De repente, veo una vitrina donde, increíblemente, Marga guarda todas las cajas de los cosméticos. ¡Guarda todas las cajas! Pero ahora, observando atentamente, me doy cuenta de que las cajas tienen una disposición premeditada, que están teatralmente combinadas. Marga ha hecho un bodegón con las cajas que dan ganas de ir corriendo a por la cámara. Mi sorpresa es ya un sorpresón cuando descubro la existencia de una nevera de las de verdad, pero superpequeña, que sirve para guardar algunos cosméticos. La abro y la cierro una y otra vez y me quedo embobada con lo bien que funciona el cierre hidráulico de la puerta.

Compruebo que Marga se ha hecho una pequeña libreta con canutillo con los prospectos de las cremas, todos subrayados,